

El Sínodo de Africa, misión necesaria e imposible

EL Sínodo sobre

Africa que acaba de ser clausurado ha recibido hasta ahora una fugaz atención por parte de las publicaciones españolas. Y sin embargo como iniciativa y como tarea debería despertar un vivo interés. No sólo de los católicos africanos. También de los demás y especialmente los europeos. La evangelización del continente negro y hasta hace pocos decenios las misiones de Africa estaban llevadas por religiosas y misioneros europeos.

Se atribuye a Karl Barth la frase de que para predicar había que tener en una mano la Biblia y en la otra el periódico. Una reflexión sobre el modo de ser cristiano en Africa debe recordar, muy brevemente, algunos de los rasgos de aquel continente. Por más de un motivo estamos ante una situación explosiva. Por los problemas que se agolpan y por las potencialidades que se despiertan.

Más de la mitad de la población africana está constituida por jóvenes que no tienen futuro en los pequeños poblados y acuden en masa a las grandes ciudades. Según la UNESCO

para el año 2000 el 35 por 100 de la población africana vivirá en ciudades. Las perspectivas en la ciudad son tan oscuras como el color de la piel de sus habitantes. El comercio exterior de Africa apenas representa el 2 por 100 del comercio mundial. La deuda externa del Africa subsahariana (450 millones de habitantes del Africa Negra) alcanza la cifra de 135.000 millones de dólares, que equivale al total de la producción anual. Por todo ello la imagen que hay de Africa es negativa y sin futuro. Con una muy alta tasa de natalidad, y los índices de mortalidad más elevados a edades jóvenes, la inseguridad ciudadana, las matanzas, los flujos de refugiados y los millones de personas afectadas por el Sida, Africa ha sido calificada como «continente de la desgracia», «continente de la maldición».

EN ese contexto el Sínodo tiene desde luego una finalidad específicamente religiosa: cómo los cristianos de Africa deben vivir la fe en Cristo. Pero en sus circunstancias y con sus características específicas. No nos será posible hacer una sistematización con un cierto detalle. «Entre los africanos, si se sistematiza, uno se pierde» escribe un intelectual africano actual, Ammadou Hampate Ba. Las situaciones son muy diversas desde muchos puntos de vista. Hay países como Zaire, Angola, Rwanda, Guinea Ecuatorial, Gabón con un alto porcentaje de católicos. Hay otros, Nigeria, en los que el porcentaje de católicos, muy desigualmente repartidos, sólo llega en conjunto al 6 por 100. Pero la fe tiene que ser vivida, expresada y es configurada en el cráter de todas esas gigantescas carencias.

A lo largo de la preparación del Sínodo las iglesias locales de Africa han ido sintiendo y expresando, con respuestas de calidad y ánimo diverso, la necesidad de ser más africanas, más solidarias y más maduras en cuanto a su mayoría de edad. Se trata de tres tareas importantes para la Iglesia en Africa, que son urgentes, y que suscitan aplicaciones específicas a los diversos lugares y situaciones de los muchos países. No podemos abordarlas todas en los márgenes reducidos de un editorial. Nos concentraremos en la primera de ellas.

Más africanas

ES ésta una de las preocupaciones que se ha subrayado con más fuerza en los diversos estudios y respuestas a cuestionarios con vistas a la preparación del Sínodo. Nos referimos a la inculturación. Hasta no hace mucho a los africanos se les pedían dos conversiones: una a la fe cristiana. La otra a la cultura europea. Vivían de conceptos y modelos culturales que Europa exportaba y hasta cierto punto imponía. Como afirmación de la propia identidad, algunos africanos significativos, pertenecientes a determinadas elites humanísticas, formularon el concepto de negritud. Querían subrayar así que los africanos no son meros receptores de contenidos europeos o americanos. Desembocaban en la «negritud» corrientes diversas, desde el proyecto histórico y social de Leopold Sédar Senghor, de cuño cristiano e influjo teilhardiano, hasta el maoísmo de Julius Nyerere. Esta defensa de la negritud ha venido a coincidir en la década de los sesenta con la reivindicación de la independencia, que de hecho consiguió la inmensa mayoría de las antiguas colonias.

La propia Iglesia ha reconocido en no pocas ocasiones la necesidad de la inculturación. «Los africanos tienen el deber de crear un cristianismo africano» les decía Pablo VI, en su primer viaje a Africa en Uganda con ocasión de la beatificación de los mártires ugandeses. «Toda la comunidad eclesial —decía Pablo VI a los obispos africanos en 1977— dirige su mirada a las jóvenes iglesias de Africa... se espera de vosotros la prueba de que es posible insertar profundamente en vosotros el mensaje cristiano auténtico respetando las líneas esenciales de la cultura africana; en otras palabras, dar un rostro africano al mensaje eterno e inmutable del Evangelio». El Sínodo de 1985 señalaba que el problema principal de la Iglesia de Africa consiste en la inculturación. Es ésta una exigencia de la fe cristiana. Muy recientemente un teólogo africano lo expresaba con mayor rotundidad: «Nuestras iglesias de Africa serán africanas o no serán... es aquí donde se juega de veras el porvenir del cristianismo».

Pero el proceso de inculturación es un camino que hay que recorrer en los dos sentidos: no sólo de la fe a la cultura sino también de la cultura a la fe. No se trata sólo de iluminar desde el Evangelio los rasgos de una cultura para asumir aquellos que sean compatibles con el mensaje de Cristo. Hay también que «recibir e interpretar el evangelio» desde la propia cultura. La fe no es un concentrado «supracultural» que sólo requiera disolverse en simples recipientes pasivos. No sólo la fe influye en la cultura sino que ésta de algún modo configura también a la fe. La primera oferta cristiana —el propio Evangelio— está ya encarnado e «inculturado» en una cultura concreta: la cultura judía de los primeros años de nuestra era. Cuando el Nuevo Testamento narra la admisión del pagano Cornelio en la Iglesia primitiva de hecho está obligando a ésta a que «reinterprete» su fe. Los que provienen del paganismo y se hacen cristianos no tienen por qué someterse a las prácticas judías. Y esto fuerza en Pedro y en los restantes apóstoles una reinterpretación —hasta extremos que hasta entonces les parecían inconcebibles— de la propia fe cristiana.

Y el propio NT nos ofrece dos «inculturaciones» o «reinterpretaciones» del suceso Cristo y su mensaje. El evangelio vivido desde el ser judío y el evangelio vivido desde el ser pagano que se convierte. La fe y la cultura no son dos realidades intercambiables. Pero en el interior de cada ser humano ambas están profundamente arraigadas y entrelazadas. Pensar que por admitir los tam-tam en la celebración de la Eucaristía o «tolerar» ciertas danzas ya se han acometido audaces intentos de inculturación es quedarse en la superficialidad de unos retoques casi folclóricos y renunciar a una evangelización a fondo. Va habiendo, afortunadamente, algunos teólogos africanos que han tomado sobre sí esta tarea de dar al cristianismo un rostro africano. No son muchos y tal vez no sean suficientemente audaces. Es mucho más cierto que nosotros los europeos somos más reacios al cambio. Nos cuesta asumir el hecho de que los «equilibrios» del mundo van cambiando rápidamente. «Nuestra unidad eclesial —escribe el benedictino Weakland, arzobispo de Milwaukee— no se verá ya sostenida por las

expresiones culturales de la civilización occidental. Los límites de Occidente ya no tienen sentido para el catolicismo».

Aplicaciones concretas

SE diría que esta cuestión, más o menos brillante en la discusión teórica, se difumina y atomiza cuando llega a la aplicación práctica. Nada menos cierto.

Piénsese, por ejemplo, en el matrimonio. Es uno de los problemas que tiene una incidencia pastoral más acentuada.

Se cree que en bastantes países hasta un 80 por 100 de católicos no están casados por la Iglesia. Desde el punto de vista del Derecho Canónico nos encontramos así con una situación masivamente irregular. Se ofrecen soluciones teóricas (por ejemplo, que las mujeres de polígamos vivan independientes). Pero para las culturas y ambientes africanos esta solución resulta llamativamente ineficaz. (¿Qué significa en Africa para una mujer vivir sola?). En muchas sociedades africanas el matrimonio no es un compromiso que se contrae públicamente en una celebración sino un «proceso» que se va realizando a lo largo de etapas. La «consumación» del matrimonio no es el acto sexual sino la fecundidad.

En la liturgia se han ido introduciendo algunos instrumentos musicales y hay un así llamado rito zaireño. Pero desde Africa parece necesaria una fuerte descentralización de la Curia Romana y una mayor autonomía de los episcopados de los diversos países en cuanto a configuración concreta de las ceremonias, gestos, símbolos, formulaciones...

Conclusiones

HABRÍA que recordar los recelos no pequeños a los que este Sínodo ha tenido que ir haciendo frente. Unos, en general los países francófonos, postulaban desde el principio un Concilio, una asamblea deliberativa, con el Papa y bajo su autoridad universal. A éstos un Sínodo les parecía poco. Lo veían como una canalización

controladora de lo que fueron las aspiraciones iniciales. Para otros en cambio aun un Sínodo les parecía mucho. Las iglesias de habla inglesa afirmaban que no habían sido consultadas y tenían recelos frente a las iniciativas más entusiastas —ellos las veían arrolladoras— de los episcopados de Camerún o Zaire. «¿Quién quiere un Sínodo?» era el título de un editorial publicado en Nairobi no hace muchos años. Para salir de este cierto «impasse» el Papa se decidió por un Sínodo. Han participado en él todos los episcopados africanos. Resta por ver si la decisión del Papa, recibida con respeto y buena voluntad, ha sido secundada por todos con el mismo grado de entusiasmo.

EL Sínodo ha tenido aspectos claramente positivos. Las dos primeras semanas, con intervenciones libres de los obispos asistentes (unos 300) constituyeron una aproximación sincera a los problemas de la Iglesia en Africa vistos con ojos africanos. Esto redujo inevitablemente las reuniones por grupos (unos 3 ó 4 días) que no permitieron una más amplia y profunda discusión de la síntesis de las intervenciones. Se ha insistido mucho en la tarea de la inculturación y de la necesidad de la justicia. Se ha expresado con fuerza el carácter de la Iglesia como «familia de Dios». Este concepto dinámico puede ir desarrollando iniciativas fructíferas como las comunidades de base y el diálogo. Se ha acentuado la pertenencia a una misma sangre, por encima de las vinculaciones tribales. Sin llegar a decir que el Sínodo ha sido una sacudida revolucionaria sí se puede afirmar que la mayoría de los obispos han mostrado su satisfacción sincera por el desarrollo del mismo.

El Sínodo sobre Africa quiere ir más allá de unas notas coloristas en el panorama algo cansino y monótono de la actual Iglesia de Europa. Si Europa y América han tutelado hasta no hace mucho el cristianismo africano puede haber llegado la hora en que los católicos europeos no sólo recordemos cómo se da sino que aprendamos a recibir y ser enseñados por las iglesias jóvenes de aquel continente. En

*Africa tuvo lugar el Exodo hacia la nueva tierra prometida.
Deseamos vivamente que el Sínodo africano impulse a la
Iglesia universal a adentrarse en el tercer milenio con más
confianza en Dios, menos preocupación por sí misma y un
deseo renovado de estar más cerca de las necesidades reales de
los hombres.*